



Crímenes amortizados. Memorias del terror

La gestión de la memoria de quienes sufrieron el terror de ETA se compadece mal con la aparición de memorias alternativas que subliman el concepto del perdón para tratar de expiar la culpabilidad de crímenes y asesinatos, y para banalizar y minimizar la injusticia y la gravedad de lo sucedido. Un verdadero recuerdo solo es compatible con una exigencia de justicia y de dignidad hacia las víctimas y con una asunción plena de responsabilidades morales y políticas.

"Sortu debe ser sinónimo de memoria, que cuando cualquier paisano o paisana salga de la cárcel... se sienta reconocido y arropado, y que Sortu sea su orgullosa llave en la sociedad vasca. Que pidan perdón y recen tres avemarías los que tengan pecado, pues nuestros errores ya los tenemos amortizados, que la izquierda abertzale se nutra de su abnegado pasado, lo cultive en sus nuevos militantes y lo sepa transmitir, porque ganada la batalla de la memoria, habremos ganado todos y todas"¹. Así se expresaba en 2012 José María Esparza, director de Txalaparta, editorial conocida por la publicación de libros dedicados a la manipu-

ROGELIO ALONSO

Profesor Titular de Ciencia Política, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

lación de la historia de ETA con el fin de legitimar su terrorismo. Iker Casanova, condenado a once años de prisión por pertenencia a ETA, y desde 2014 diputado del Parlamento vasco, es uno de sus autores. En 2007 valoraba así el logro de ETA en los años noventa al alcanzar el PNV y el PSE un acuerdo que permitió la alteración del trazado de la autovía de Leizarán después del asesinato de tres personas y una intensa campaña de coacción: “Para HB, cuya dirección brindará públicamente con champán en una imagen que abrirá las carnes de la prensa madrileña, el acuerdo es un balón de oxígeno porque rompe la estrategia de aislamiento y guerra total y muestra la viabilidad de las soluciones negociadas”².

Fernando Buesa también fue diputado del PSE en el Parlamento vasco desde los años ochenta hasta que ETA lo asesinó en febrero de 2000. Hoy, los escaños donde se sentaron socialistas como Buesa y Enrique Casas, y el popular Gregorio Ordoñez, los ocupan individuos como Iker Casanova o la abogada Jone Goirizelaia que durante años han estado al servicio de la organización terrorista que asesinó a los primeros y a la que siguen legitimando. Hasta mayo de 2016 también ocupó uno de esos escaños Hasier Arraiz, portavoz de Bildu y presidente de Sortu, que fue inhabilitado como parlamentario tras ser condenado por su vinculación con ETA. La

Se ha rebajado el nivel de exigencia que hoy se plantea en la sociedad vasca a quienes han legitimado el asesinato de seres humanos y se niegan a acometer una verdadera deslegitimación del terrorismo etarra

sentencia condenatoria del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco rezaba así: “Se condena a Hasier Arraiz Barbadillo, como autor responsable de un delito de integración en organización o grupo terrorista, a una pena de dos años de prisión e inhabilitación especial para cargo público de ámbito municipal, provincial, autonómico, estatal y de ámbito europeo por el tiempo de la condena”³.

En una entrevista periodística el presidente del Tribunal, Juan Luis Ibarra, valoró así la sentencia después de que el acusado pactara con la acusación pública, con el fin de obtener una condena menor, el reconocimiento de la supeditación de Batasuna a ETA: “En el caso de Hasier Arraiz nos pareció que su acción, desde la perspectiva de la actividad terrorista, no tenía una relevancia grande, puesto que su actividad consistía básicamente en reuniones”⁴. Además de atenuar las consecuencias de su pertenencia a una organización terrorista al limitarla a “reuniones”, el magistrado también valoraba positivamente la escenificación que el terrorista realizó con el fin de obtener la reducción de pena: “Arraiz reconoció haber jugado un papel en la vida de una organización liberticida como es ETA y estar dispuesto ahora a trazar una línea de ruptura con la que quiere contribuir a dar alguna clase de satisfacción a las víctimas”. En otra cuestionable interpretación asumía asimismo que Arraiz “reconocía el error de su trayectoria de respaldo a ETA”: “Sí. En aquella intervención había elementos que eran inequívocos. Y no solo se lo dijo al tribunal, se lo decía a una parte de la sociedad vasca y también lanzaba un mensaje a quienes están cumpliendo condena por colaboración o pertenencia a ETA. Ese mensaje venía a decir: dejemos a ETA en

el basurero de la historia en el que la sociedad ha puesto a la banda terrorista”⁵.

El tactismo del terrorista y la benévola interpretación del magistrado evidenciaban cómo se ha rebajado el nivel de exigencia que hoy se plantea en la sociedad vasca a quienes han legitimado el asesinato de seres humanos y se niegan a acometer una verdadera deslegitimación del terrorismo etarra. Ponían de manifiesto cómo algunas personas que han sufrido la violencia de ETA prefieren interpretar como una favorable “evolución de la izquierda abertzale” las escenificaciones de quienes en realidad se niegan a evolucionar como requiere la gravedad de los crímenes perpetrados por ETA contra sus víctimas. Estas interpretaciones, tan beneficiosas para los legitimadores del terrorismo como poco coherentes con la realidad, contribuyen a relativizar el mal cometido por mucho que se subraye, como hacía el propio Ibarra, que “ETA ha quedado colocada ya en el lugar más inhóspito del basurero de la historia”. El periodista Josu Montalbán, en un artículo con el revelador título “¡Aquí no ha pasado nada!”, valoraba así la representación de Arraiz:

“El último episodio, las afirmaciones hechas por el dirigente de Sortu –nombre pseudocivilizado de Herri Batasuna– Hasier Arraiz, que solo han respondido a su intento de evitar la cárcel y que no pueden ser aceptadas por ningún vasco decente y democrata. Ha dicho que actuó ‘complementándose y de forma coordinada con ETA, para conseguir la independencia de Euskal Herria mediante la violencia... La paz es una condición ética’. Y lo ha dicho tras aceptar su pertenencia a ETA y proponer que su autoinculpación pueda ser usada para ‘re-

Hoy en la sociedad vasca ya es rutina que el dolor de las víctimas se confunda con su propia humillación

sarcir a las víctimas’. ¿No es condenable que esta declaración no le lleve a convocar un acto público en que pida perdón de forma solemne y comprometida a las víctimas y a quienes fuimos posibles víctimas? Además, resulta vergonzoso el hecho de haber participado en una escueta manifestación ante el palacio de justicia para apoyar a los asesinos presos de la banda terrorista”⁶.

“Nuestros errores ya los tenemos amortizados”, afirmaba el director de Txalaparta en 2012. Otro episodio reciente confirma que las propias víctimas del terrorismo contribuyen en ocasiones a “amortizar” los “errores” de la izquierda nacionalista radical. Son las propias víctimas las que con determinados actos coadyuvan a que el lenguaje eufemístico del terrorista prevalezca, minimizando la injusticia y la crueldad que suponen el asesinato de seres humanos y su justificación. La cobardía política y moral de quienes todavía legitiman la historia de terror de ETA carece de sanción política y moral, transformando aquella en meros “errores amortizados”. Es más, los “errores” llegan a recibir una inmerecida recompensa al apreciarse como “gestos” y “pasos” cuando no dejan de ser una expresión más de cobardía e indecencia.

El pasado 22 de febrero el Parlamento vasco recordó y “homenajó” a Fernando Buesa al cumplirse diecisiete años de su asesinato junto a su escolta Jorge Díez. Imposible homenaje pueden rendir diputados como los citados Casanova, Goirizelaia y sus compañeras de Bildu, Miren Larrion y Maddalen Iriarte, que jamás han condenado el asesinato de Buesa y Díez o el de las otras 856 víctimas de ETA. Sin embargo, la escenificación de ese homenaje permitía seguir fantaseando con esa imagen tan cómoda de una sociedad que avanza, de una sociedad que evoluciona eludiendo la verdadera rendición de cuentas y exigencia de res-

pensabilidades políticas y morales a quienes siguen legitimando la historia de terror de ETA, de una sociedad que, no obstante, se declara muy preocupada por la memoria y el relato.

Antes de ese “homenaje”, familiares de Buesa y su escolta Jorge Díez rindieron tributo a los asesinados. Los medios de comunicación destacaron la presencia de Bildu en el “homenaje” sin apreciar contradicción en el inverosímil tributo a los asesinados sin la condena de su asesinato. El vídeo del acto muestra a los hijos de Fernando Buesa y a su viuda junto a los padres de Jorge Díez, a políticos de todas las formaciones políticas vascas que desfilan ante el monolito en recuerdo de los asesinados depositando rosas rojas con un fondo musical. Al finalizar, Natividad Rodríguez, viuda de Buesa, da dos besos a Maddalen Iriarte y a Miren Larrión, parlamentarias de Bildu, antes de dirigirse a ellas: “A mí me gustaría que hicierais otros gestos, además de este, otros. Que dieciséis otros pasos. No lo podemos hacer nosotros por vosotros. No es conmigo con quién lo tenéis que hacer, es con la sociedad vasca, con los ciudadanos vascos. Esto a mí no me es suficiente”⁷. De nuevo afloran esos “errores amortizados” mientras se reclama no olvidar, ignorando que el olvido se impone cuando se evita honrar a las víctimas como es debido.

Larrión, ese nuevo rostro “amable” de la izquierda nacionalista radical que deposita

Mientras contemplamos la cobardía del pasado con la comodidad del presente eludimos enfrentarnos hoy a las consecuencias políticas, sociales y morales de aquella brutalidad

rosas rojas en memoria de una víctima del terrorismo que ella no condena, es la misma que en septiembre de 2016 se refería así a la inhabilitación a Arnaldo Otegi para concurrir a las elecciones al Parlamento vasco que Buesa ocupó: “Los tribunales pueden impedir que Otegi se presente, pero no lo que representa. (...) En Madrid creen que nos han ganado. Ingenuos, no tienen ni idea de lo que han hecho”⁸. En efecto, lo que Otegi representa, esto es, la ausencia de condena de la historia de terror de ETA, su victimización de miles de seres humanos y, en consecuencia, su legitimación, también concurren en aquellas elecciones. Escuchando a la víctima dirigiéndose a quienes escenifican empatía con ella mientras eluden la acción responsable que acredite una auténtica solidaridad, recuerdo la sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos de 2009 que avaló la ilegalización de los representantes políticos de ETA y su denuncia de:

“La existencia de unos partidos políticos que no se posicionen conceptualmente de manera clara e inequívoca en contra de la actividad terrorista, o que, con ambigüedad calculada, intenten disi-



mular de manera sistemática su falta de rechazo hacia esos hechos criminales lamentando formalmente sus consecuencias, pero sin incluir un solo término de reproche hacia la bárbara actitud de quienes las provocan utilizando la violencia como método para la consecución de sus objetivos”⁹.

Y mientras contemplo los rostros aparentemente compungidos de quienes hoy representan al partido que ETA diseñó para sustituir a Batasuna, recuerdo la conclusión del citado Tribunal: “La legitimación de las acciones terroristas o la exculpación o minimización de su significado antidemocrático y de la violación de derechos fundamentales que comportan puede llevarse a cabo de modo implícito”¹⁰.

Hoy en la sociedad vasca ya es rutina que el dolor de las víctimas se confunda con su propia humillación. “Una sociedad decente es aquella sociedad que no humilla”, escribe Avis-hai Margalit en su ensayo *The decent society* (Cambridge: Harvard University Press, 1996). Una “sociedad decente” es aquella en la que cada persona recibe “el honor debido” por parte de “sus instituciones”, añade el filósofo israelí. Lógicamente, en todo su derecho están las víctimas para elegir el tipo de homenaje que desean para sus seres queridos, pero también debe respetarse el derecho de otros ciudadanos a cuestionar las implicaciones políticas que de ellos se derivan. Este era el texto de la crónica periodística de los homenajes a Buesa y Díez organizados unos años antes, en 2013:

“Dos ofrendas florales recordaron ayer en Vitoria el ase-

sinato hace 13 años del exdirigente socialista y ex vicelehendakari del Gobierno vasco, Fernando Buesa, y de su escolta, el ertzaina Jorge Díez Elorza. La primera, a las 11.30 horas, había sido convocada por el Parlamento vasco; la segunda, media hora más tarde en el lugar del atentado, por las familias de los dos asesinados. La izquierda abertzale asistió al acto de la Cámara, a través de su grupo parlamentario EH Bildu, pero no fue al otro para ‘no incomodar’ a la familia Díez Elorza, que había rechazado su presencia. (...) La familia Buesa, aun valorándolo como un ‘gesto puntual’, viene reclamando en los actos de aniversario un ‘cambio sustancial’ en el discurso de la izquierda aberztale, y que esta asuma, junto al reconocimiento del daño causado, su ‘responsabilidad’ en el pasado criminal de ETA. ‘Más allá de los gestos individuales, queremos ver que se hace autocrítica y un reconocimiento público de que lo que se hizo estuvo mal, porque es el único elemento para deslegitimar claramente la violencia’, aseguró a *El Mundo* Sara Buesa, hija del socialista desaparecido y portavoz de la familia, tras el acto en los jardines donde murió su padre. Buesa denunció la ‘ambigüedad’ de la izquierda abertzale y reclamó ‘una postura firme, oficial y pública’ que permita discernir si en su posición ‘hay sólo retórica o un convencimiento ético’¹¹.

Un año más tarde, la Fundación Buesa pedía “excluir a la izquierda ‘abertzale’ del Día de la Memoria” y denunciaba “la desazón que nos produce el hecho de que quienes no han sido todavía capaces de deslegitimar el asesinato de sus conciudadanos participen, e incluso lideren, actos de memoria”¹². En un artículo publicado por la Fundación se rechazaba “aceptar la participación en actos conmemorativos unitarios de quienes no han deslegitimado el terrorismo de ETA, aunque lo hayan hecho con todas sus fuerzas cuando se trata del GAL, el Batallón Vasco Español o los abusos policiales”, y concluía que “no va a conseguir un efecto reparador en las víctimas si además no se produce la

**La lógica
reclamación de
responsabilidades
políticas, morales
y sociales se
reemplaza por un
perdón que
aparece como
eficaz antídoto**

deslegitimación ética, social y política de los victimarios”¹³.

Es evidente que hoy, en 2017, “quienes no han sido todavía capaces de deslegitimar el asesinato de sus conciudadanos” siguen participando en actos de memoria como el de Fernando Buesa y Jorge Díez. Por ello resulta legítimo preguntarse si esa participación acaso no contribuye a banalizar la gravedad del crimen perpetrado, a enterrar el significado político del asesinato, a trivializar la inmensa injusticia humana cometida y, en definitiva, si no contribuye a humillar a quienes deberían ser honrados con decencia. En la sociedad vasca hoy se reproducen de manera cotidiana humillaciones a las víctimas que incluso algunas de ellas llegan a subestimar, quizás para evitar las profundas disonancias que su conciencia genera. Parece como si ante la complejidad de acometer la ardua tarea de reparar debidamente a las víctimas con una auténtica “deslegitimación ética, social y política” del terrorismo se prefiriera diferir esta misión al futuro con apelaciones a la construcción de una memoria, de un relato, que, sin embargo, ya se está construyendo sobre el olvido de la verdadera magnitud política y humana del terror, como la cotidianeidad revela. A menudo el sentimentalismo complementa esas reclamaciones para que no haya olvido, como si el recuerdo tuviera sentido en ausencia de justicia mientras se consolida una memoria que permite que la exigencia de responsabilidades prescriba sin haberla satisfecho.

La tímida formalización de un insuficiente perdón emerge como cura infalible después de toda una vida marcada por una irreparable humillación: el asesinato

Quizás por ello, además de por su indudable calidad, la novela *Patria* ha sido tan elogiada casi de manera unánime. Parece que se hayan agotado los calificativos para celebrar la obra del excelente novelista, que se ha convertido, como ha escrito algún medio, “en un fenómeno editorial y sociológico”¹⁴. Me pregunto si precisamente ha conseguido ambos hitos por ser lo contrario a lo que muchos consideran: un “incómodo espejo de Euskadi”¹⁵. A través de la ficción, Aramburu retrata la complicidad social con el terror de ETA, la indiferencia ante la humillación de las víctimas y la soledad de quienes desafiaron a los fanáticos. Su obra facilita la expiación de culpas y conciencias de una sociedad que hoy sigue mostrándose cómplice e indiferente ante otras formas de violencia diferentes del asesinato, pero derivadas de estos. Mientras contemplamos la cobardía del pasado con la comodidad del presente eludimos enfrentarnos hoy a las consecuencias políticas, sociales y morales de aquella brutalidad. Mientras nos emociona e indigna mirar en ese espejo novelado, las élites políticas y muchos formadores de opinión y ciudadanos premian a los responsables de tan injusto sufrimiento. Lo hacen conjurándose en la construcción de un relato que impida la repetición de la violencia mientras se acepta ya la consolidación de un discurso legitimador del terrorismo que ennoblece a quienes lo justifican. Lo demuestran las sucesivas elecciones vascas en las que quienes siguen sin condenar la violación de los Derechos Humanos por parte de ETA han sido recompensados en detrimento de sus víctimas. Lo evidencian homenajes a las víctimas del terrorismo que convierten en protagonistas a quienes rehúsan condenar la mezquindad de ETA, o el privilegiado tratamiento que sus “lobistas” reciben hoy en el ámbito político, social y mediático de la comunidad autónoma vasca.

En la sociedad del post-terrorismo hoy priman “las poses morales” frente a “la seriedad moral”, parafraseando al académico Alan Wolff en su iluminadora obra *La maldad política* (Galaxia Gutenberg, 2013).

A este lector *Patria* le atrajo narrativamente al tiempo que le decepcionó por soslayar el retrato de las implicaciones políticas del terrorismo nacionalista, la responsabilidad de una elite nacionalista que compartió fines con los terroristas, que inevitablemente deberían haber quedado contaminados por los inhumanos e inmorales medios utilizados. Sorprendentemente, en una novela sobre el veneno de la ideología nacionalista, y salvo error de cálculo, solo aparece una mención explícita al Partido Nacionalista Vasco y a sus iniciales. Ello a pesar de que el autor de *Patria* propone un relato de ficción que representa un contexto político y social real. El propio Aramburu asegura que “la ficción literaria cumple o acaso deba cumplir también una función moral, puesto que no hay versiones inocentes cuando ha habido por medio crímenes y discursos que los justificaron”¹⁶. Las historias que conforman la novela se han interpretado como si fueran realmente la Historia con mayúsculas del terrorismo etarra. Así lo avalaba el jurado del Premio Umbral al definirla como “gran epopeya del terrorismo”, como “un sólido testimonio literario que perdurará como crónica de gran valor histórico para entender el siglo XX de España y Euskadi”. El Premio Nobel Vargas Llosa tras una halagadora glosa de la obra concluía: “¿Pero, se vislumbra alguna solución al problema de fondo, el condenado nacionalismo? El libro resulta más pesimista de lo que el autor quisiera. En la página final, las dos examigas, Miren, la madre del terrorista, y Bittori, la madre del asesinado, se abrazan, reconciliadas.



Hoy, los escaños donde se sentaron socialistas como Buesa y Enrique Casas, y el popular Gregorio Ordoñez, los ocupan individuos que durante años han estado al servicio de la organización terrorista que los asesinó

Es el único episodio de esta hermosa novela que no me pareció la vida misma, sino una pura ficción”¹⁷.

El autor testimonia magistralmente, pero evita enfrentarse a las derivaciones políticas del terrorismo nacionalista mostrando por tanto una realidad incompleta. Guía a los lectores a través de un relato en el que las humillaciones descritas de forma tan certera terminan saldándose con un perdón representado como sanador. Y frente a la esperanza que en algunos suscita tan idílico final, en este lector motiva una sensación de gran injusticia. Se describe minuciosamente el dolor de la víctima humillada por quienes perpetraron y justificaron el

crimen, detallando lo que este lector interpreta como otra humillación más: su destino ha quedado en manos de quien se lo alteró radicalmente al fijarse casi como único objetivo en lo que le resta de vida escuchar una petición de perdón por parte del asesino. Y cuando ese escueto y frío perdón llega, obra el milagro con un efecto terapéutico y reparador sobredimensionado. La tímida formalización de un insuficiente perdón emerge como cura infalible después de toda una vida marcada por una irreparable humillación: el asesinato. Contrasta la magnitud de las injusticias sufridas con esa inocua pócima sanadora que se propone. La lógica reclamación de responsabilidades políticas, morales y sociales se reemplaza por un perdón que aparece como eficaz antídoto. Como ocurre con ese abrazo final entre la víctima y la madre irredenta del terrorista en aparente proceso de arrepentimiento. El escritor conduce al lector hacia ese perdón, hacia ese abrazo que evoca una reconciliación, término repetido por tantos reseñadores, y palabra talismán en una sociedad como la vasca en la que los criminales anhelan ese injusto horizonte, pues la reconciliación implica que dos partes han obrado mal y deben volver a conciliarse. Mientras se avanza narra-

En la sociedad del post-terrorismo hoy priman “las poses morales” frente a “la seriedad moral”, parafraseando al académico Alan Wolff en su iluminadora obra “La maldad política”

tivamente hacia ese escenario tan ansiado en la realidad por quienes hoy persiguen la exculpación política y moral después de décadas de violencia, este lector no podía dejar de escuchar las palabras pronunciada por una víctima de carne y hueso, Ana Iribar, viuda de Gregorio Ordoñez:

“Y es en ese momento, en esa primera tarde de duelo incomprendido, por primera vez experimentado, cuando suena el teléfono en mi casa. No recuerdo qué medio me llamó entonces, pero sí recuerdo su pregunta: ‘¿Perdona usted al asesino de su marido?’”

No habían transcurrido ni 48 horas. Era la pregunta que los periodistas comenzaron a hacer cuando la víctima de ETA dejó de ser un número anónimo, un uniforme sin nombre, y empezó a tener rostro reconocible. *¿Perdona usted al asesino de su marido, de su hijo, de su padre, de su hermano?*

Parecía la pregunta sacada de uno de esos concursos absurdos en los que a través de una llamada telefónica y con la respuesta adecuada se puede ganar un coche o un apartamento en la playa. Si contesta usted que sí, ¡ha ganado un crucero! Les faltó añadir...

Desconcertante pregunta, inquietante, pero muy bien traída. Una sociedad que apenas, insisto, se había movilizaba tras cada atentado, especialmente durante los años 80 y 90, cuando las víctimas sumaban centenares de guardias civiles y policías nacionales, una sociedad que acostumbraba a mirar hacia otro lado, de pronto quería saber si esa madre, esa viuda o ese huérfano al que daban voz por primera vez los medios de comunicación, perdona al asesino. Creo que esa parte de la sociedad que durante años ha dado la espalda al problema del terrorismo entiende que si la víctima perdona al asesino, también perdona la parte de culpa colectiva que subyace en el subconsciente de cada individuo, del que veía en los informativos o leía en los periódicos la noticia de un atentado más, sin inmutarse. Ese perdón puede alcanzar y difuminar la sombra de silencio y de indiferencia que construye la parte nacionalista de la sociedad.

PALABRAS CLAVE

País Vasco • Deslegitimación • Terrorismo • ETA • Víctimas
• Relato • Memoria • Perdón

Es esta la que necesita resucitar a la víctima, hacerla de carne y hueso, dotarla de identidad, nombre y apellido, rendirle homenajes, no porque despierte solidaridad o empatía, no para defender sus derechos, o para buscar al culpable y trabajar para que se haga justicia; resucitan a la víctima para exigirle que perdone, y a través del perdón, que redima de su culpa al terrorista a través del perdón de un familiar, de la esposa, la madre, la hermana, el huérfano. ¡Cómo si nosotros pudiéramos hacerlo por él!, por el muerto, quiero decir. Es importante recordar que el terrorista es además para muchos un vecino del pueblo, el que te sirve las cañas en el bar, el amigo del cura, el familiar de un amigo, uno de la lista que tú votas en las elecciones. Para muchos, especialmente para la tribu nacionalista, la empatía sincera está del lado del asesino y eso de pronto no parece ser éticamente muy respetable...

Así que el problema de tantas conciencias tiene solución: el residuo familiar que deja la víctima del terrorismo va a perdonarle; para muchos significa un cierto alivio al comprobar que ese sentimiento escondido de culpabilidad queda disuelto en un mal sueño. Y sin haber movido un dedo. Desde el sillón de su casa”¹⁸. ■

Post Scriptum. Este artículo fue enviado a *Cuadernos de Pensamiento* el 7 de marzo de 2017. Una semana después, el 15 de marzo, ponía fin a su vida Fernando Altuna Urcelay, hijo de Basilio Altuna, capitán de la Policía Nacional asesinado por la organización terrorista ETA el 6 de septiembre de 1980 en la localidad alavesa de Erentxun. Fernando tenía 10 años cuando su padre fue asesinado por terroristas que todavía no han sido juzgados por su crimen. Santiago González le despedía así en su blog: “Con Fernando ha desaparecido un hombre bueno cuyo sentido de la justicia y la verdad estaban tan arraigados que no pudo soportar su carencia y la impunidad”. Un día después, *El Correo* y *El Diario Vasco* publicaban el artículo póstumo de Fernando Altuna titulado “Matar estuvo bien”. En noviembre de 2010, su hermano Ángel escribía: “Hablamos en muchas ocasiones de víctimas inocentes o de la inocencia de las víctimas. Pues bien, hay que decir bien claro que la inocencia de todas las víctimas del terrorismo va inseparablemente unida a la culpabilidad de todos los victimarios. Por ello cualquier disminución externa de la culpabilidad del asesino pasa automáticamente como culpabilidad al campo del asesinado”. Descanse en paz quien fue un buen hombre, un hombre decente en una sociedad indecente.

NOTAS

- ¹ Gara, 12/07/2012.
- ² **Iker Casanova** (2007), *ETA 1958-2000. Medio siglo de historia*. Tafalla: Editorial Txalaparta, p. 370.
- ³ Tribunal Superior de Justicia del País Vasco Sala de lo Civil y Penal, Rollo de sala 7/2014, 16/05/2016.
- ⁴ Entrevista a **Juan Luis Ibarra**, *El Correo* 30/05/2016.
- ⁵ *Ibid.*
- ⁶ *El Correo*, 18/05/2016.
- ⁷ *El Correo*, 22/02/2017, <http://www.elcorreo.com/videos/politica/201702/22/bildu-homenaje-buesa-vitoria-5332758046001-mm.html>
- ⁸ *El Correo*, 09/09/2016.
- ⁹ Tribunal Europeo de Derechos Humanos, Sección Quinta, Asunto Herri Batasuna y Batasuna c. España, Demanda n° s 25803/04 et 2581/04), 30 de junio de 2009, para. 35
- ¹⁰ *Ibid.*
- ¹¹ *El Mundo*, 23/02/2013.
- ¹² *El País*, 23/09/2014.
- ¹³ *Ibid.*
- ¹⁴ **Borja Hermoso**, “Patria, incómodo espejo de Euskadi”, *El País*, 12/02/2017.
- ¹⁵ *Ibid.*
- ¹⁶ Entrevista con **Fernando Aramburu**, *Letras Libres*, 15/02/2017.
- ¹⁷ **Mario Vargas Llosa**, “El país de los callados”, *El País*, 05/02/2017.
- ¹⁸ Intervención de **Ana Iribar** en el Seminario “La educación en Derechos Humanos frente al terrorismo”, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid, 31/03/2016.

Colección
**BIOGRAFÍAS
POLÍTICAS**

Jovellanos es un nombre clave de la cultura española del último tercio del siglo XVIII y de principios del siglo XIX.

Político por encima de todo, su sentido de la ecuanimidad y de la moderación sobresalió en un país caracterizado por la radicalización y los extremismos. Trabajador infatigable, no fue un revolucionario ni un reaccionario, sino un firme defensor de un reformismo inteligente.



JOVELLANOS
LA MODERACIÓN
EN POLÍTICA

Manuel Moreno Alonso

